

## El planeta de Dios

El planeta de Dios

Owen Gingerich

Traducción de José María Carabante Muntada

E D I T O R I A L   T R O T T A

**COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS**  
**Serie Religión**

Título original: God's Planet

© Editorial Trotta, S.A., 2022  
Ferraz, 55. 28008 Madrid  
Teléfono: 91 543 03 61  
E-mail: editorial@trotta.es  
<http://www.trotta.es>

© Harvard University Press, 2014  
Publicado por acuerdo con Harvard University Press  
a través de International Editors' Co.

© José María Carabante Muntada, traducción, 2022

© Revisión técnica de José Manuel Lozano Gotor, 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1364-086-0  
Depósito Legal: M-20377-2022

Impresión  
Gráficas Cofás, S.A.



*A Miriam*

## CONTENIDO

<i>Prólogo</i> .....	11
1. ¿Tenía razón Copérnico? .....	15
2. ¿Tenía razón Darwin? .....	49
3. ¿Tenía razón Hoyle? .....	81
<i>Agradecimientos</i> .....	115
<i>Nota sobre la edición</i> .....	117
<i>Índice analítico</i> .....	121

## PRÓLOGO

Aristóteles tenía una palabra para ello: metafísica. Así llamaba a su investigación sobre las grandes cuestiones, literalmente, las que se encuentran «más allá de la física». En la universidad del Renacimiento, el profesor explicaba, tomando el *De Coelo* [Sobre el cielo] de Aristóteles como referencia, el movimiento celeste en círculos eternos de las estrellas y de los planetas, y los movimientos rectilíneos de los cuerpos terrestres, a partir de su *Física*.

La *Metafísica* de Aristóteles estaba reservada a los maestros de la cátedra de Filosofía. En esta obra, el antiguo sabio griego investigaba sobre la eternidad y las causas finales. ¿Qué mueve sin ser movido?, se preguntaba. Y respondía: han de ser los cielos eternos, con su movimiento infinito. Pero ¿por qué se mueven? Se deben mover por su deseo de Dios, de modo que la causa final es el amor. En el momento culminante que conduce a este pasaje, Aristóteles escribe: «Si, por consiguiente, Dios se halla siempre tan bien como nosotros algunas veces, es cosa admirable; y, si se halla mejor, todavía más admirable. Y es así como se halla. Y tiene vida, pues el acto del entendimiento es vida, y él es acto. Y el acto por sí de él es vida nobilísima y eterna. Afirmamos, por tanto, que Dios es un viviente eterno nobilísimo, de suerte que Dios tiene vida y duración continua y eterna; pues Dios es esto». Así pues, es el motor inmóvil.

Cuando Galileo se encontraba negociando los detalles de su puesto en la corte de Cosme de Médici, en Florencia, mostró relativa indiferencia por el tema del salario, pero fue inflexible con el título que debía dársele: «Matemático y filósofo del Gran Duque». Deseaba disertar no solo sobre los movimientos visibles de las estrellas y de los planetas, sino que también se le permitiera hablar con autoridad sobre cómo se crearon los cielos, el profundo, y todavía controvertido, tema del que se ocupaba la cosmología.

Las cuestiones metafísicas siguen hoy todavía vigentes entre nosotros. Entre ellas, se encuentran las relacionadas con la dimensión observacional o experimental de la ciencia, pero que normalmente se hallan más allá de sus límites tradicionales. También se incluyen otras que caen bajo el dominio de la teología y, aunque de forma diferente, de la religión. La relación entre ciencia y religión ha estado llena de tensiones desde la época de Galileo y en adelante, pero ha resultado especialmente conflictiva en Estados Unidos durante el siglo xx, sobre todo en los temas que tienen que ver con la edad del cosmos y el surgimiento de la vida sobre la Tierra.

Y es aquí donde mi colega de Harvard, ya fallecido, Stephen Jay Gould, entra en liza. En 1973, Stephen y Niles Eldredge, del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, publicaron un artículo en el que afirmaban que algunas especies de invertebrados se habían desarrollado en un tiempo relativamente rápido, al cual siguen largos períodos de estabilidad en los que las especies permanecieron invariables. Denominaron este patrón evolutivo «equilibrio puntuado». Su crítica a la teoría clásica de la evolución, según la cual las especies se desarrollaban, a partir de pequeñas mutaciones, de un modo paulatino pero continuo, indignó a los evolucionistas tradicionales, y los creacionistas, por su parte, rápidamente aprovecharon la oportunidad para sentenciar que la evolución se estaba desmoronando. Stephen estaba horrorizado y comenzó a desempeñar un papel más activo en la defensa de la evolución. En 1981 fue uno de los seis expertos que participaron en el juicio entre creacionismo y evolucionismo en Little Rock.

En 1999, cuando fue elegido presidente de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, publicó una defensa de la evolución en un libro titulado provocativamente *Rocks of Ages*<sup>1</sup> [Rocas de edades].

En su libro Stephen Steve relataba la permanente discordia entre ciencia y religión que existía en el seno de la sociedad estadounidense. Pero, al mismo tiempo, afirmaba que la auténtica ciencia y la auténtica religión no estaban enfrentadas y que las dos tenían valiosas contribuciones que hacer, siempre y cuando se mantuviera cada una dentro de su propio ámbito. Lo que defendía era los NOMA (*non overlapping magisteria*) o Magisterios No Superpuestos.

La teoría de los Magisterios No Superpuestos suena bien, pero ¿puede de verdad funcionar? ¿Lo ha hecho alguna vez? ¿Está realmente la física separada de la metafísica? En el libro VI de la *Metafísica*, Aristóteles afirma que se debe tener en cuenta la teología porque «si en algún lugar se halla lo divino, se halla en tal naturaleza».

Las tres conferencias que se recogen en este libro fueron impartidas en el contexto de las Herrmann Lectures, en el Gordon College, Massachusetts, en el mes octubre de 2013. Examinan desde una perspectiva histórica cómo los magisterios de la ciencia y la religión se han superpuesto en repetidas ocasiones durante los siglos pasados y por qué resulta improbable pensar que cesará esa superposición. Pero reconocer que hay diversos magisterios, con diferentes caminos de comprensión, puede ayudar a paliar este duradero conflicto.

1. S. Jay Gould, *Ciencia versus religión. Un falso conflicto*, Crítica, Barcelona, 2012.